

LA DESTRUCCIÓN DEL PUEBLO SOVIÉTICO: EL DOBLE RASERO¹

■ Por qué el comunismo, la más masiva de las grandes tragedias de un siglo XX trágico, tuvo, y sigue teniendo en nuestros días, un tratamiento tan benevolente por parte de una mayoría de pensadores, intelectuales y universitarios del mundo occidental, sobre todo de la izquierda? ¿Por qué mientras el nazismo ha recibido, con razón, la condena moral explícita de todos, sigue el comunismo –no digamos ya el marxismo– gozando de respetabilidad intelectual y cultural en nuestras sociedades? ¿Por qué valen para ellos las disculpas de los “errores prácticos”, del “desarrollo equivocado” de la utopía, de la “inevitable distancia entre los buenos ideales y las malas obras”; la disculpa, en fin, del “idealismo redimible”, aun cuando la redención de ese idealismo –de esa ideología– implique el rechazo de los hechos y de los mejores argumentos hasta ahora esgrimidos? ¿Por qué una ignorancia tan culpable o una voluntad tan deliberada de encubrimiento, incluso en el siglo XXI? Stalin llegó a exigir de sus intelectuales que se constituyeran en “inge-

Pura Sánchez Zamorano es profesora titular de Filosofía Moral y Política. Universidad Autónoma de Madrid.

¹ Este artículo fue presentado durante el curso *Modernidad y Holocaustos* y dentro de los “Cursos de Humanidades Contemporáneas XXIX edición” de la UAM, en colaboración con la Universidad Veracruzana de Méjico. (Colegio Juan Luis Vives de Madrid, Mayo de 2007). Fue presentado de nuevo, de modo resumido, durante el curso *Habitar la Polis* (Sección “Liberales y Utopistas: siglos XIX y XX”), Curso de Otoño del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Madrid. (Universidad Complutense de Madrid, Septiembre de 2007).

nieros del alma”²; pero, ¿quién exigió su inopia (o su servilismo) a los doctos de la Europa occidental?

En lo que se refiere al nazismo, la investigación y la reflexión –las preguntas, ¿qué pasó exactamente? y ¿cómo pudo pasar lo que pasó?– nos han permitido historiar y afrontar la infamia de las prácticas nazis, y conocer y honrar, así, a sus víctimas; pero lo curioso en el caso comunista es que, hechas las mismas preguntas y dadas las respuestas correspondientes, han sido muchísimos los que han preferido ignorarlas y seguir adelante con sus anteojeras, exactamente como si nada hubiese sucedido –ni los acontecimientos, ni sus causas, ni los análisis, ni las lecciones que de estos últimos derivan. La maldad del comunismo, a mi juicio, no ha sido aún afrontada: la ideología que lo fundamentó se sigue sustentando e incluso respaldando a base de epiciclos; los pensadores que lo denunciaron –no tan numerosos como en el caso del nazismo, pero ya algunos desde la propia revolución de 1917– siguen siendo tildados de conservadores cuando no de “fascistas” por las mayorías biempensantes; y la entera catástrofe del pueblo soviético (y de los pueblos del Telón de Acero) continúa minimizándose con todo tipo de manifestaciones exculpatorias. ¿Para cuándo, entonces, el discernimiento y la memoria para tantos y tantos millones de esas otras víctimas del totalitarismo –rojo este caso– del siglo XX?

Deseo en estas páginas desvelar, de la mano de F. Hayek y L. Kolakowski, entre otros autores³, las raíces no sólo marxistas sino *marxianas* del totalitarismo soviético; y conectar dichas raíces –es decir, la ideología supuestamente salvable– con los hechos concretos y los padecimientos de sus víctimas en la Unión Soviética; al menos, con los tipos más destaca-

² El 26 de octubre de 1932, decenas de escritores soviéticos fueron convocados a la casa del “escritor del pueblo”, Máximo Gorki. Allí, quedaron sorprendidos por la presencia del camarada Stalin, quien los recibió y arengó de este modo: “Nuestros tanques son inútiles cuando quienes los conducen son almas de barro. Por eso afirmo que la producción de almas es más importante que la producción de tanques [...] La vida transforma al ser humano pero vosotros tenéis que colaborar en la transformación de su alma. La producción de almas humanas es de suma importancia. Y por eso, ¡alzo mi copa y brindo por vosotros, escritores, ingenieros del alma!”. En **Westerman, F.**, *Ingenieros del alma* (2002), Siruela, Madrid, 2005, p. 49.

³ Más abajo, en la sección titulada “Algunas reflexiones... In Memoriam”, me refiero de manera muy general a **Mises**, precursor de muchas de las ideas que aquí expongo.

dos de ese padecimiento, pues, ya se sabe, la historia y la filosofía son disciplinas poco adecuadas para dar cuenta del detalle –no digamos la vivencia– del dolor humano. Me centro especialmente en el período leninista y sus brutalidades (así como en la colectivización del campesinado por parte de Stalin, en los primeros años de la década de los 30), puesto que el resto del negro período estalinista nos es más conocido y lo ha sido durante más tiempo⁴.

Estas páginas pretenden ser tempestivamente recordatorias y provocadoras. Y es que, en un país como el nuestro, donde tantas cosas y tan importantes quedan por hacer, el partido socialista y sus aliados nacionalistas y de izquierda acarician hace tiempo la idea de consagrar una Ley de la Memoria Histórica –y perseveran esforzadamente en ello–, ley que habrá de honrar, cuando no literalmente desenterrar, a las víctimas de *su* bando en nuestra añejísima Guerra Civil al tiempo que arrincona a las restantes. El objetivo último es desacreditar a su oposición política, heredera, según su visión, de un franquismo hace ya más de 30 años fenecido –y con ello, el modélico y exhaustivo proceso de la Transición española, como si ésta no hubiera acontecido, o no “como debiera”.

¿A qué son debidos este maniqueísmo interesado y esta soberbia? O mejor, ¿cómo es que las izquierdas y los nacionalistas de la España del siglo XXI osan categorizar a los difuntos en bandos morales inequívocos, sin distinciones ulteriores de ningún tipo? Por lo que se ve, existen, según ellos, víctimas de primera –las que constituyen sus miembros o simpati-

⁴ Para el esclarecimiento de los hechos (los sufrimientos), me baso, entre otras, en las obras siguientes:

- **Amis, M.**, *Koba the Dread* (2002), Vintage International, New York, 2003.
- **Bullock, Alan**, *Hitler and Stalin, Parallel Lives*, Vintage Books, New York, 1993.
- **Conquest, Robert**, *The Great Terror. Stalin's Purges of the Thirties*, Macmillan, New York, 1968.
- **Conquest, Robert**, *Harvest of Sorrow. Soviet Collectivisation and the Terror-Famine*, Oxford U. P., New York, 1986.
- **Malia, Martin**, 'Foreword: the Uses of Atrocity', en Courtois, S. et al., *The Black Book of Communism*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.
- **Pipes, R.**, *Historia del comunismo* (2001), Mondadori, Barcelona, 2002.
- **Werth, Nicolas**, 'A State against its People: Violence, Repression, and Terror in the Soviet Union', en Courtois, S. et al., op. cit., 1999.

zantes– y víctimas “malas” o de segunda –culpables, necesarias, justificadas, “legales”– que son, por supuesto, las producidas u ocasionadas por la propia izquierda. No considere nadie excesivas mis aseveraciones: hace poco tiempo, un destacado dirigente del Gobierno catalán las verificaba con meridiana e inocente claridad al anunciar la presentación al Parlamento de dicha Comunidad de su particular Ley de la Memoria Histórica: “Ése reconocimiento ciudadano –el de la memoria– no puede trasladarse a todas las ideologías”.

En absoluto pretendo equiparar –sería un absurdo mayúsculo– las vicisitudes de la España contemporánea y los acontecimientos de la Unión Soviética bajo los bolcheviques. Tampoco trato en este escrito de hacer lo mismo que los líderes izquierdistas y nacionalistas de la España de nuestros días –esto es, honrar a unas víctimas para relegar a otras. Sólo deseo comentar, someramente, por qué creo que la memoria y la historia de doble rasero son particularmente típicas de gran parte de la izquierda europea y, en concreto, la de nuestro país, exponiendo los que considero algunos de sus (infundados) fundamentos.

En su Prólogo a *El Libro Negro del Comunismo*, Martin Malia –tratando de explicar (que no justificar), por qué sigue negándose la socialdemocracia europea a admitir el pavoroso número de víctimas de la experiencia bolchevique– señala:

“Durante el siglo XX... la moralidad se ha convertido... en un asunto de (meras) lealtades políticas. Es decir, en un asunto de ‘o izquierda o derecha’ (...).

Desde sus orígenes, el proyecto comunista se dijo comprometido con objetivos universalistas e igualitarios, mientras que el proyecto nazi sólo perseguía, y abiertamente, el nacionalismo más egoísta. Es una ‘minucia’, entonces, (...) que sus prácticas se hayan mostrado comparables; sus (respectivas) auras morales fueron consideradas antitéticas, y es esto último lo que hoy cuenta en la política doméstica de Occidente (...). (En dicha política doméstica sigue considerándose que) (...) ‘un ser humano moral no puede tener oponentes a su izquierda’.

Y el autor concluye, casi al final del citado Prólogo:

“En tanto sigan existiendo una izquierda y una derecha –durante mucho tiempo, no hay duda–, siempre encontraremos una doble moral (frente a los hechos), no importa lo irrefutables y bien documentados que los hechos del pasado estén... como... el fiasco terrible del comunismo”⁵.

Bien, digo yo; excepto que la doble moral de la izquierda actual (al menos en España), es más “doble”, en el sentido de que sus exacciones son mucho más sofistas. Me explico:

– Es cierto que en parte debido a su origen marxiano, la ideología izquierdista se arrogó, indefinida y unilateralmente, el monopolio exclusivo de la moralidad, el humanismo y el progresismo. No es de recibo, con todo, y después del fracaso práctico y teórico del marxismo, que la izquierda actual siga acaparando ese aura, conservando ese “tic” altanero y moralmente autoritario, intolerables en la vida pública, en una izquierda (que se declara) democrática y liberal.

Si lo que cuenta en la política doméstica occidental es el aura sempiternamente superior de la izquierda, no importa cuáles sean, de hecho, su pasado y sus actuaciones presentes, algo anda podrido en dicha política. Y es que en Europa no podemos pretender ignorar ni lo que el “perfeccionismo marxiano” y su puesta en práctica subsiguiente engendraron en numerosísimos países de nuestro mundo, ni tampoco –mucho menos– el peligro que en la vida social suponen las mentalidades rígidas (los *mind-sets*), o las condicionadas, como las del perro pauloviano.

– Es la izquierda actual, no sus oponentes, la que sigue especialmente interesada en englobar en “la derecha” (precisamente) a fascistas, dictadores, “carcas”, conservadores... y a los propios liberales, algo –otra vez– inaceptable y absurdo en una Europa democrática y liberal. La izquierda de hoy en día (como la de ayer) continúa vilipendiando intelectual y pú-

⁵ **Malia, Martin**, op. cit., 1999, pp. XVI-XVII y p. XX.

blicamente al liberalismo; con ello pretende empequeñecer no sólo sus logros históricos sino, también, sus indagaciones y comprobaciones más recientes, sean las referentes al fiasco terrible del comunismo, las referentes al fiasco de gran parte de la izquierda española durante nuestra II República, o las referentes a sus lacras actuales, que las tiene.

De manera que, en mi opinión, esos son algunos de los “fundamentos” de la sofisticada memoria e historia que caracterizan a una buena parte de la izquierda europea y española presentes: la superioridad moral *por-que-sí* y sin fundamento verosímil alguno ulterior, y el mantenimiento de oponentes que *desdorar* en todas las ideologías excepto la propia, incluyendo en ello la única ideología en verdad progresista de nuestros tiempos: el liberalismo.

A) HAYEK: EL PERFECCIONISMO ESTATAL Y LA PLANIFICACIÓN

En los años 40 del siglo pasado y de forma exhaustiva, Friedrich Hayek extrajo las consecuencias sociales de lo que hoy en día, y en teoría política, llamamos “perfeccionismo estatal”, esto es, la utilización de la maquinaria y las instituciones básicas de un Estado para implantar públicamente lo que no son más que concepciones *particulares* sobre el bien humano: concepciones provenientes de una filosofía, una religión, una moral, una estética, etc., *concretas o específicas*.

En *Camino de Servidumbre (The Road to Serfdom)*, de 1944, su primera gran obra en materia política, Hayek sostiene que el intento de colectivizar o socializar los ideales particulares socialistas en una sociedad previamente libre –a través, sobre todo, de la planificación de ese ámbito supuestamente “innoble o inmoral” que es el de la propiedad individual– conduce al totalitarismo de la manera más directa y efectiva. (La diferencia entre los “perfeccionismos estatales” pre-moderno y moderno es, según el autor, la considerablemente mayor brutalidad y sistematicidad del último, pues, a falta de cosmovisiones compartidas, el asentimiento de los individuos ha de ser necesariamente forzado). Más aún, dedicada “a los socialistas de todos los partidos”, *Camino de Servidumbre* afirma que, en lo

que se refiere al dirigismo de la economía y de la vida entera, el socialismo *nacional* es una mera criatura del marxismo: no es –como ha querido la propaganda de izquierdas– una reacción “capitalista” en contra del socialismo marxista, sino la consecuencia necesaria de las propias ideas socialistas, reaccionarias ellas mismas frente al liberalismo y hegemónicas en Occidente a partir de 1890.

Según Hayek, hacia 1870, el liberalismo británico clásico, liberalismo que había sido preponderante en Europa occidental durante más de 200 años, comenzó a ser suplantado por un conjunto de ideas “no nuevas sino, en realidad, muy viejas” y que procedían sobre todo de Alemania. Aunque el socialismo no nació en Alemania, fueron los pensadores alemanes y austriacos los que más acabadamente desarrollaron su teoría y praxis, ya se llamasen Hegel, Marx, List, Sombart o Mannheim. Lo que pretendían dichas ideas, socialistas y arcaizantes, era reemplazar el funcionamiento impersonal del mercado por “la dirección consciente y colectiva de todas las fuerzas sociales hacia una serie de metas deliberadamente elegidas”. El orden de la sociedad liberal había sido el producto histórico y espontáneo, no dirigido por nadie en particular, del individualismo occidental desde el Renacimiento en adelante. El principio fundamental liberal de que la sociedad, en su estructuración u ordenamiento, puede y debe recurrir lo más posible a las energías del individuo libre y lo menos posible a la coerción de las mismas, hizo posible el mercado liberal: el mercado en el sentido amplio de interacción libre entre individuos libres –y no sólo en el campo económico, sino también civil, cultural y político. El individualismo afirmaba que los puntos de vista, las preferencias y los fines de las personas han de ser supremos en una esfera propia, la esfera de la libertad individual; y que dicha esfera no puede, como cuestión de hecho, preservarse sin la propiedad del individuo sobre sus recursos internos (capacidades, habilidades, etc.) y externos (recursos materiales).

Ahora bien, lo primero que hicieron las ideas socialistas –ideas que, aunque antimodernas, se presentaban como progresistas– fue cambiar el significado de la palabra “libertad”: la independencia (liberal) del poder arbitrario de otros seres humanos, de toda coerción no limitada y justificada por la ley, fue sustituida por la independencia de “toda compulsión

de las circunstancias” o independencia “de la necesidad”. En este sentido, la libertad comenzó a significar *igualdad* de capacidad, de poder, ...de riqueza y, en última instancia, colectivización de todas las fuerzas y todos los medios, plurales, de la sociedad. Pues, advierte Hayek, el socialismo no es sólo un ideal –una presuntamente mayor igualdad de posición socioeconómica o “justicia social”; es sobre todo, y de acuerdo con Marx y Engels en el *Manifiesto*, el *método* necesario e inevitable para alcanzar el ideal: la abolición de la propiedad y la iniciativa individuales y su suplantación por la propiedad y las “iniciativas” –la planificación– del cuerpo colectivo. Pero, escribe nuestro autor, una vez el cuerpo colectivo y su planificación están justificados, “pueden ser utilizados para muchos otros propósitos (...) como mayores privilegios para los miembros de un partido, o de cualquier élite racial, como la nórdica”.

Para que ideales *particulares* sobre lo que es de valor en la vida, sean ellos los que fueren, puedan ser colectiva o socialmente realizados, la planificación es, desde luego, eficazísima, dice Hayek. Marx presentó sus ideales particulares sobre lo valioso, muchos provenientes del hegelianismo, como “destino universal” –así, el logro de la igualdad material para la constitución del “ser humano nuevo, completamente desalienado”–, aunque sólo los bolcheviques se aprestaron a realizarlos. La teoría política contemporánea, ya lo hemos dicho, llama perfeccionismo estatal –o negación de la neutralidad del Estado– a toda apropiación y utilización del mismo cuyo propósito sea implantar públicamente lo que no es sino particular o privativo socialmente. Pero, ¿qué supone exactamente colectivizar, planificar “el hombre desalienado”?:

1. Supone, en primer lugar, la subversión del marco legal del liberalismo, el marco formal e imparcial que ha de afectar a todos los individuos de igual manera, también cuando el Estado está justificado en la realización de diligencias o “intromisiones” positivas (que puede estarlo según Hayek y pese a lo que digan sus detractores).

En realidad y como dice el autor, la colectivización y planificación de lo *particular* tiene que subvertir dicho marco legal-imparcial y la tradición de la que procede (el imperio de la ley); pues sin “estatutos” substantivos

y concretos no hay realización del ideal particular –aunque con dichos estatutos se acabe “restableciendo todo tipo de (nuevos) privilegios que la era liberal había barrido a su paso”. No hay punto medio, como algunos piensan, entre la competencia e interacción individualistas (bajo el imperio de la ley y según el mercado), y el dirigismo *centralizado* de un plan, el que fuere. Un plan (a cargo del Estado, aunque privativo socialmente) no es algo que podamos combinar con la imparcialidad individualista “sólo hasta el punto que queramos”: sus efectos sobre esta última, en realidad sobre todas las áreas de la vida, se dejarán sentir desde el principio⁶.

2. Por otro lado, la relación entre la planificación, el final de la democracia liberal y el comienzo del totalitarismo es intrínseca. El rasgo común de todo colectivismo perfeccionista, sea el marxismo-leninismo o el nazismo es, precisamente, la planificación: la “organización deliberada” de toda iniciativa y actividad de los individuos en pos de un ideal o fin social particular o específico. El fin particular puede ser distinto según los distintos colecti-

⁶ Hayek criticó toda su vida el *welfarismo* dirigista y redistributivo típico en las socialdemocracias contemporáneas. Ya en *Camino de Servidumbre* advierte de que “esa utopía *irrealizable* llamada democracia ‘social’ o ‘igualitaria’ tiene por fuerza que recorrer muchos pasos por el camino de la servidumbre antes de fracasar del todo”; pues si quiere cerciorarse de que la *distribución de la riqueza* se ajusta a algún estándar *predeterminado* –predeterminando, de antemano, “qué grupos han de obtener qué”–, entonces, no puede eludir la planificación; esto es, la subversión de la igualdad neutral y la consiguiente y (nueva) *discriminación*.

La opción en nuestras sociedades es, según Hayek, entre un sistema donde unos pocos –o unos muchos, pero dóciles y sin ideas propias o, incluso, crecientemente envidiosos y resentidos– deciden qué grupos obtienen qué, y otro donde eso mismo se deja a la iniciativa y a la energía individual y a la gran dosis de azar que supone la libertad de todos los demás individuos, iguales, en el mercado, como consumidores y productores.

La desigualdad de oportunidades y las contingencias de tipo natural (como la enfermedad, la minusvalía, etc.) pueden reducirse, afirma el autor, sin destruir el carácter impersonal del mercado. Basta con asegurar, con una contribución imparcial e igual, la educación general y lo que son riesgos “asegurables”. Pero la nueva democracia igualitaria quiere igualdad, no de trasfondo, sino de posiciones socioeconómicas individuales o “resultados”. Y su fórmula vaga –una mayor igualdad entre posiciones– no sirve para decidir, en casos concretos, cuáles son los méritos en ese sentido (esto es, las desventajas a subsanar) de grupos particulares. Los que planifican y deciden, con medios siempre finitos y respecto de grupos “de desaventajados en aumento”, lo hacen arbitrariamente y no precisamente descuidando sus propios intereses. En la sociedad liberal contemporánea, concluye Hayek, los valores a respetar no son ya las libertades iguales de los individuos; son los “ámbitos protegidos” de este o aquel (nuevo) grupo; y es que las injusticias contra los individuos en aras de ciertos grupos –grupos remediados o compensados arbitrariamente, esto es, necesariamente trasgrediendo el imperio de la ley–, se acepta cada vez más como algo “natural”. **Hayek, Friedrich**, *The Road to Serfdom* (1944), University of Chicago Press, Chicago, 1994, pp. 86 y ss.

vismos; pero todo colectivismo será antiliberal en el sentido de tener que negar esa “esfera autónoma (de ser y de acción)” en la que el individuo y sus propios fines son soberanos. Un fin particular que se pretende colectivo entraña que a cada una de las necesidades y a cada uno de los fines de cada individuo “se les ha de encontrar su lugar en una única jerarquía, social, de valores”; es decir, presupone muchísimo más “acuerdo” que el acuerdo por coincidencia de fines, y limitado a ciertos ámbitos, de la democracia liberal. De ahí que todos los colectivismos hayan rechazado, de entrada, el parlamentarismo como incapaz, no de registrar, sino de producir acuerdo integral, y hayan optado por la dictadura plebiscitaria o la del golpe de mano. La voluntad de una minoría tiene que imponerse a la voluntad de los individuos y sus mayorías cambiantes porque “una minoría, y altamente disciplinada”, que dirá Lenin, es el grupo más grande que cabe encontrar para estar de acuerdo en algún fin último y en cómo implementarlo. Como observó Tocqueville ya en 1848, “La democracia y el socialismo sólo tienen en común una palabra: la igualdad. Pero dense cuenta de la diferencia: mientras que la democracia busca la igualdad en la libertad –esto es, asegurar la prosecución de los fines individuales y civiles–, el socialismo busca la igualdad en la coerción y la servidumbre”.

3. La “organización deliberada” de los recursos externos o “materiales” de los individuos –es decir, la planificación económica en sentido estricto– es el modo más directo y efectivo de controlar totalmente; esto es, todos los ámbitos de la vida y no sólo los económicos. Muchísima gente piensa, dice Hayek, que el poder sobre la vida económica de los individuos es de importancia secundaria porque también piensa que los fines económicos son, de algún modo, “innobles o rastreros”; o, mejor, piensa que existen fines puramente económicos, es decir, “fines separables de los demás fines de la vida” (lo cual es absurdo excepto en el caso, improbable, del avaro integral). Con todo, el control económico socialista no es el control de un sector de la vida humana que pueda ser desgajado del resto; es el control de aquellos medios necesarios en la sociedad moderna para, prácticamente, todos los fines de la vida humana.

En la sociedad moderna, casi todo lo que necesitamos depende, como cuestión de hecho, de los medios que otros seres humanos proveen. Imagi-

nemos, dice Hayek, una sociedad en la que la pluralidad de individuos y grupos proveedores ha sido reemplazada por una sola potestad que dirige todo el sistema económico; dicha entidad tendrá el poder absoluto, completo y exclusivo, de decidir qué bienes y servicios serán asequibles y en qué cantidades; a qué grupos o distritos se distribuirá más o menos de los mismos; y qué fines, según el plan perseguido, serán favorecidos y cuáles obstaculizados o negados. Dicha potestad moldeará nuestras vidas, no sólo en nuestra capacidad como consumidores sino, mucho más, en nuestro rol como productores: nos podrá vincular a una ocupación determinada, en algún sector o alguna zona geográfica determinada, y con una “retribución” determinada; de cara a lograr el ideal particular, la autoridad planificadora reducirá la vastísima diversidad de capacidades e inclinaciones productivas individuales a unas pocas categorías intercambiables donde lo personal será despreciado. La relación con nuestras familias y amigos, la proporción de trabajo y ocio en nuestras vidas, incluso las personas con las que nos tendremos que relacionar en el trabajo, etc., todo estará decidido en nuestro nombre.

Así, aunque el objetivo voceado de la planificación sea siempre que el “proletario” (o “el buen alemán”) deje de ser mero medio para los fines de otros, en realidad –y porque el plan único *no puede* acomodar las preferencias e iniciativas individuales– el individuo será más que nunca un mero medio, el medio que explota la autoridad central para consumir sus “abstracciones”, sean éstas la mayor igualdad material y la desalienación o el bien de la nación. Bien lo vio Trotsky, apunta Hayek, cuando en 1937 y ya exiliado, apuntó: “En un país donde el único empleador es el Estado, oposición significa muerte por inanición. El viejo aforismo: el que no trabaje, que no coma, ha sido allí reemplazado por otro nuevo: el que no obedezca, que no coma”⁷. Si a ello añadimos que en los sistemas colectivistas son “los peores los que suben más alto”, y ello de modo no-accidental –las personas más in-

⁷ Hayek, op. cit., 1994, p. 132

Como el autor aclara en otras obras, aun cuando en un sistema de propiedad privada en sentido estricto el individuo se halla “limitado” por las (posibles) “limitaciones” de sus recursos internos y externos, no lo está, sin embargo, *por los valores y fines de sus semejantes*, cosa que sí sucede en los sistemas de propiedad comunal, cooperativista y socialista, donde los proyectos *individuales* respecto a la asignación, no sólo de recursos externos sino *también internos* (incluyendo los suyos propios), han de ser siempre aceptables para la opinión, mayoría o partido *dominantes*.

teligentes y cultivadas son las menos tendentes a estar de acuerdo, mientras que las más obedientes y sin ideas propias son las más proclives a estar de acuerdo con una jerarquía colectiva y monolítica de valores–, la catástrofe está servida.

Fueron los socialistas de izquierda los que enseñaron a fascistas y nazis, esos “socialistas nacionalistas”, el valor del adoctrinamiento frente al de la educación tradicional, el valor del partido que engloba todas las actividades del individuo “de la cuna a la tumba”, o el de las “células” para la supervisión de la vida privada. El conflicto entre esos socialismos, desde finales de la I Guerra Mundial, no ha sido más que la escaramuza entre “facciones socialistas rivales”; pues, la supuesta clase media tradicional de fascismo y nazismo y su presunta reacción “capitalista”, dice Hayek, no fueron sino “la revuelta de una nueva y más joven clase (de trabajadores de todo tipo) que se sentía desaventajada respecto de la aristocracia trabajadora que el socialismo de izquierdas y sus sindicatos habían privilegiado”. Esa nueva clase tomó los métodos del socialismo “viejo” –el control estatal de la actividad humana, incluyendo la económica⁸– y adoptó un fin particular diferente, de cara a consolidarse. Fue, por lo demás, el anticapitalismo de los dos socialismos (la coincidencia, en este punto, entre socialistas marxistas y nacionales) el que barrió, en los años 30, “con todo lo que en Alemania había de liberal”.

Muchísima gente no quiere darse cuenta, apunta Hayek, de que la tendencia general de todo colectivismo (de todo perfeccionismo, necesariamente planificador) es la de devenir “particularista”. No es sólo que la idea de una “comunidad de intereses, fines y métodos” no puede conce-

⁸ Véanse, en este sentido, los muchos ejemplos que Richard Pipes ofrece para ilustrar su observación de que, “Both Fascist Italy and Nazi Germany did indeed allow –or more accurately, tolerated– private property. However, it was ‘property’ in a peculiar and very restricted sense –not the virtually untrammelled private ownership of Roman law and nineteenth-century Europe law, but rather *conditional* possession, under which the state, the owner of last resort, reserved to itself the right to interfere with and even confiscate assets which, in its judgment, were ‘unsatisfactorily used.’ The economic policies of Mussolini’s Italy and Hitler’s Germany resembled the ‘state socialism’ which Lenin wanted to institute in Soviet Russia upon coming to power, under which private enterprise would work for the government– an idea Lenin was forced to abandon under the pressure of the more ‘left communists’”. Pipes, Richard, “Fascism and National Socialism”, en Pipes, R., *Property and Freedom*, Vintage Books, New York, 1999, pp. 217- 225.

birse sin un particularismo en mente, sea una clase o una raza; es, sobre todo, que dicha idea no puede abarcar a todos los seres humanos en su pluralidad de hecho. De ahí que el internacionalismo de los marxistas finalizara en simple nacionalismo pan-ruso (Marx y Engels y sus seguidores siempre despreciaron el pluralismo de las “pequeñas” nacionalidades); y que muchos socialistas de izquierdas se “nacionalizaran” y dieran origen al fascismo y al nazismo. (De ahí también, añada la que esto escribe, que muchos socialistas contemporáneos hayan hecho suyas las causas de todo tipo de particularismo, sean las del nacionalismo periférico y secesionista, el culturalismo o la eco-tiranía: la susodicha, y contradicha por la historia, “comunidad de medios, fines y métodos” tiende a encontrar socios naturales allí donde la moral del rebaño está ya servida).

Los particularistas, por lo demás, no tienen, a diferencia de los liberales, recelo ninguno del poder; al contrario, un poder sin precedentes será lo que fraguarán de cara a que la realidad moderna y plural se ajuste a sus ideales “unidireccionales”. La moral formal-universalista –¿hay alguna otra superior?– tendrá que ser rechazada porque prohíbe hacer ciertas cosas a los seres humanos aun cuando las consecuencias “colectivas” sean las pretendidas; de modo que el “fin (particular) justifica todos los medios” se convertirá, así, en la ley suprema; y de entrada, en lo que se refiere al trato de los individuos por parte de su propio Gobierno. Los líderes “unidireccionales” han de ser y son hombres “literalmente capaces de todo”.

La demagogia de los totalitarios, concluye Hayek, siempre ha funcionado del mismo modo. La demagogia marxista, por ejemplo, siempre afirmó que en las sociedades de libre mercado no hay verdadera libertad porque las iniciativas y fines de las masas están influidas por la propaganda, la mentalidad burguesa y factores similares; de ahí dedujo que había que controlar las “circunstancias objetivas” para que las masas siguieran la dirección correcta y, sobre todo, que una vanguardia o un grupo reducido debían ejercer el poder porque “conocían” esas circunstancias. En resumidas cuentas, y desde las “mentiras nobles” de Platón, siempre la misma técnica: los totalitarios manufacturan sus puntos de vista privativos y parciales sobre la realidad como teorías científicas y, en base a dicho “conocimiento”, justifican su propio poder. Con todo, y pese a sus insistencias en la “verdadera”

libertad, en la “verdadera” democracia o en la “verdadera” justicia –nuevos y terribles dioses con nombres viejos o técnica del *double speak*–, son precisamente el sentido de la verdad y el respeto por la verdad, bases de todo conocimiento, las víctimas primeras de los totalitarismos. Pues a los totalitarios, esos “idealistas” monomaniacos y ensoberbecidos, la idea de que es la interacción entre individuos y sus puntos de vista e ideales diferentes –interacción también a lo largo de la historia– la que constituye la savia del pensamiento y el conocimiento les es completamente ajena.

¿Es Hayek un conservador, un reaccionario o alguna de esas otras lindes a las que la falta de argumentos de los progresistas *intrínsecamente morales-porque-sí* nos tiene acostumbrados?

B) KOLAKOWSKI: LA FILOSOFÍA MARXIANA Y EL TOTALITARISMO SOVIÉTICO

Al igual que Hayek, pero 33 años más tarde y entrando en el detalle de la filosofía marxiana, el ex comunista Leszek Kolakowski desarrolla los resultados que dicha filosofía alcanzó en la práctica bolchevique. En su *Raíces marxistas del estalinismo* (1977), el autor afirma, 1.) que la ideología leninista-estalinista, ideología que justificó el totalitarismo del Estado soviético, fue “una interpretación legítima de la filosofía marxiana de la historia (aunque no la única posible)”; y más aún, 2.) que “todo intento por *realizar* los valores básicos del socialismo marxiano (tenía que tender) a generar una organización política de características indudablemente análogas a la leninista-estalinista”⁹.

⁹ **Kolakowski, Leszek**, “Las raíces marxistas del estalinismo”, p. 206. En <http://www.cepchile.cl>. (Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile, 2005, pp. 205-225. Traducción de la versión inglesa incluida en Robert C. Tucker, *Stalinism*, Norton and Company, New York, 1977).

A mi juicio, el traductor o traductora del artículo al español se equivoca y lee “marxista/s” donde debe leer “marxiana/s”; y es que Kolakowski *sólo* se refiere en su artículo al propio Marx. Por otro lado, Kolakowski expone las mismas ideas del artículo citado en el Capítulo XVI.3. (pp. 341-345), y el Epílogo de 1978 (pp. 1206-1213), de sus *Main Currents of Marxism* (Norton and Company, New York, 2005), y se refiere allí, claramente, a la filosofía *marxiana* “como la fuente del leninismo”. He enmendado, por tanto, en lo que sigue, el error de traducción.

Según Kolakowski, las etapas que, de manera esencial, condujeron al totalitarismo soviético (lo que él llama el ‘estalinismo maduro’ de los años 40) fueron:

– La eliminación, por parte de Lenin, ya en 1917, del imperio de la ley y las instituciones básicas de la democracia liberal o parlamentarismo (partidos políticos, elecciones, prensa libre), y su puesta en marcha de un tipo inédito de dictadura o autocracia.

– La implantación, por parte de Lenin, Trotsky y Bujarin, en 1918, de una política económica asimismo totalmente novedosa. Engañosamente llamada “comunismo de guerra” –como si las medidas de este período hubieran de ser temporales y excepcionales–, dicha política económica fue concebida como un logro permanente de “la nueva sociedad”, logro que la Nueva Política Económica (NEP) de los años 1921-28, lejos de erradicar, fortaleció. Entre las nuevas medidas adoptadas destacan la abolición del mercado y el comercio libres, el trabajo universal y coercitivo, el racionamiento universal, la destrucción de los soviets como focos independientes de iniciativa económica y política, el fin de todos los sindicatos y partidos socialistas no-bolcheviques o bolchevizados, y la supresión del “faccionalismo” dentro del partido bolchevique mismo. En lo que se refiere a la clase campesina, las requisiciones coercitivas del “excedente” disminuyeron un tanto durante la NEP; pero sólo temporalmente, y en espera de que el Estado se apropiara de todas las tierras.

– La colectivización total de la tierra, decidida por Stalin a finales de 1929. Ésta significó la destrucción (y la liquidación masiva) de la única clase aún no-nacionalizada o “colectivizada”.

– Y, por último, la destrucción del propio partido bolchevique en las diversas purgas estalinistas, a partir de 1935. (Como señalan muchos historiadores, esta destrucción, junto al “re-descubrimiento del nacionalismo” en plena II Guerra, fue la única contribución verdaderamente “original” por parte de Stalin a lo ya orquestado por el leninismo).

El proceso anterior, como ya hemos dicho, originó el estalinismo maduro: “un sistema totalitario casi perfecto de poder basado en la propiedad

estatal de los medios de producción”, según Kolakowski. El sistema es totalitario en el sentido de que todos los vínculos de la sociedad civil son especificados y re-fundados por el Estado, de modo que individuos y grupos deben/pueden perseguir sólo los objetivos del Estado; y requiere el control estatal de los medios de producción ya que un Estado que deja los recursos (y las iniciativas) productivos en manos individuales, es decir, en manos independientes del Estado, no puede acabadamente lograr sus objetivos pre-determinados:

“El totalitarismo tiene las mayores posibilidades de lograr su ideal –esto es, la total suplantación de la sociedad civil de cuño liberal– dentro de una economía socialista”.

De las características más prominentes del estalinismo maduro que señala nuestro autor –la exacerbación del concepto totalitario de la ley, el fortalecimiento de la autocracia unipersonal, la norma del espionaje universal y el *mantenimiento* de la ideología *marxiana*– sólo destacaremos aquí la última.

Desde su origen mismo y por voluntad de Lenin, el partido bolchevique se presentó como el único portavoz legítimo de la clase trabajadora; esto es, como el único instrumento con la capacidad para formular los intereses de dicha clase “en su correcta ideología marxiana”. Poco importa, dice Kolakowski, el número de personas, entre gobernantes y gobernados, que acabaran realmente creyendo en ella en la era estalinista; lo significativo es que un partido como el bolchevique, carente de bases electorales y hasta de carisma, no puede prescindir de esa ideología sin desmoronarse.

1. ¿Es posible, sin embargo, que la filosofía marxiana de la historia, con sus valores, objetivos y esperanzas manifiestos, proporcionara el arma ideológica al Estado totalitario soviético? Dice Kolakowski: “La filosofía marxiana pudo hacerlo, lo hizo, y no necesitó ser esencialmente distorsionada para ello. Bastó con interpretarla”.

Según el autor, dos son los elementos básicos de la filosofía marxiana que hacen posible que ésta se convierta en la ideología del primer totalitarismo de la historia, “y no porque Marx así lo concibiera, sino más bien porque esos valores básicos difícilmente podrían haber sido realizados de otro modo”. Ellos son: a) la visión romántica de una humanidad perfectamente unida e integrada en el futuro, y b) la “mitología” de la conciencia proletaria en tanto que conciencia históricamente privilegiada.

Es verdad que la imaginación de Marx no pudo, en su momento, concebir la técnica o ingeniería social necesaria para conducir a la humanidad desde “la prehistoria” a su “verdadera” historia. Los líderes “prácticos” posteriores rellenaron ese vacío; pero sería fraudulento afirmar, por cambiante y arbitraria que fuese la política práctica totalitaria, que la ideología marxiana *no* la guió. Veamos.

a) Marx soñaba con una humanidad futura perfectamente integrada y concertada porque pensaba que el “ineluctable” progreso de la tecnología vencería al fin, y dialécticamente, su propia destructividad: liberaría a la humanidad “de la necesidad” y le ofrecería la oportunidad de una nueva concordia. Dicha humanidad liberada de la necesidad ya no necesitaría de los mecanismos mediadores y reguladores de conflictos típicos de la sociedad de mercado –la ley, la libertad negativa o la democracia representativa–, mecanismos que (subraya la que esto escribe) suponen la escasez de recursos y el desacuerdo ciudadano debidos, entre otras cosas, a la continua plasticidad de las necesidades humanas y a la diversidad de los fines individuales en un contexto de libertad. Si la colectivización de los recursos materiales o medios de producción reemplazaba la (obsoleta) propiedad individualista, entonces, pensaba Marx, los intereses y fines individuales dejarían de hallarse en conflicto y podrían devenir intereses y fines “generales”. Por fin los individuos podrían identificar claramente los recursos externos y todas sus capacidades (o recursos internos), como fuerzas sociales o colectivas; por fin los individuos podrían identificar dichos recursos como “fuerzas de la especie humana”, esto es, *des-alienarse*.

Después de haber esbozado este “cuadro arbitrario de la sociedad *deseada*”¹⁰, dice Kolakowski, no se trata para Marx de diseñar la técnica que nos encamine a ella; se trata, más bien, de “revelar” y expresar teóricamente las fuerzas en juego que tienden hacia tal sociedad –tendencias dogmatizadas por el propio Marx aunque él, por supuesto, no lo creyera así–, de modo que, al expresarlas teóricamente, se refuerce su energía de manera práctica. Es así como aparece la idea de “la vanguardia del proletariado”, ese grupo de ideólogos (ideólogos burgueses, pero aliados al proletariado), grupo que “se ha elevado a la comprensión teórica del movimiento histórico como un todo”.

b) Es cierto que la noción del Partido como único detentador de la verdad de la historia es específicamente leninista; pero Marx había previamente manufacturado el mito de la conciencia proletaria en tanto que históricamente privilegiada, mito que desemboca en el de la vanguardia mencionada.

La vanguardia del proletariado es, en Marx, la que debe “articular” la conciencia, históricamente “verdadera o progresista” pero latente y no-madura, de la clase obrera; y –¡qué curioso!– la conciencia de dicha vanguardia, conciencia madura o *par excellence*, coincide con la propia teoría marxiana. De modo que la ecuación “*verdad de la historia = conciencia proletaria (madura) = ideología de la vanguardia del proletariado = marxismo*” es del propio Marx. Kautsky y Lenin sólo sustituyeron “vanguardia” por “Partido”, a saber, “*verdad de la historia = conciencia proletaria (madura) = ideología del Partido = marxismo*”.

¹⁰ Como dice el autor en el Epílogo de 1978 a *Main Currents* (op. cit., 2005), el cuadro es arbitrario o meramente desiderativo porque, primero, Marx nunca explica (sólo profetiza) por qué el progreso técnico satisfará todas las necesidades humanas, máxime cuando sostiene *al mismo tiempo* que, en un contexto de “desalienación o verdadera libertad”, las necesidades han de entenderse como necesidades individuales y continuamente plásticas y crecientes; y segundo, Marx nunca explica por qué, y dado lo anterior, de la colectivización de los recursos externos se sigue el acuerdo de los intereses individuales (y la avenencia de todos los recursos internos o habilidades). No es de extrañar, apunta Kolakowski, que la posterior ideología leninista-estalinista “interpretara” que, en el comunismo, las necesidades a satisfacer serán las “verdaderas o genuinas”, y que, de cara a lograr el ajuste entre las habilidades y los fines individuales, la socialización o *estatalización* de los recursos externos puede “complementarse” con una política estatal “de racionamiento arbitrario y cuasi-universal”.

De modo que la idea de que la vanguardia *marxiana* es el vehículo de la verdad –porque comprende teóricamente (dice) el todo del movimiento histórico– conduce sin graves distorsiones a la idea de que el partido *marxista* es el vehículo de la verdad y una verdad, por ende, independiente de la conciencia empírica de los trabajadores. En resumidas cuentas, de acuerdo con nuestro autor, y por caricaturesco que pueda parecer (pues una caricatura sólo lo es por referencia a un original):

“La teoría que postula que el proletariado posee una especie de privilegio cognoscitivo, termina en la práctica afirmando... que el (marxista) camarada Stalin nunca yerra. Y nada hay que sea esencialmente no-marxiano en esa ecuación”.

Marx, por otro lado, y también en el *Manifiesto*, habló de “la dictadura del proletariado”. Aunque Kautsky y otros teóricos sostuvieron que dicha dictadura no se refería a una forma de gobierno sino a su contenido de clase u objetivos –de manera que, según ellos, dichos objetivos no se oponían a formas democráticas de poder–, nada había de no-marxiano, dice Kolakowski, en tomar “dictadura” literalmente.

Y es que en el *Manifiesto* (recuerda al lector la que esto escribe) puede leerse:

“El primer paso de la revolución obrera es su elevación a clase dominante, (es decir), ...la conquista de la democracia”.

Pero a renglón seguido:

“El proletariado utilizará su dominio político para arrebatar progresivamente todo el capital a la burguesía, centralizar todos los medios de producción en el Estado (Estado que no es sino...) el proletariado organizado como clase dominante, y multiplicar lo más rápidamente posible la masa de fuerzas productivas. Naturalmente, esto sólo puede ocurrir, al principio, por medio de operaciones despóticas...”

Y al final del *Manifiesto*:

“Los comunistas (...) declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse mediante el derribo violento de todo el orden social hasta ahora existente”.

La comprensión leninista de la dictadura –una autocracia sin precedentes, no limitada por ley alguna y, mucho menos, por el concepto y las áreas de inmunidad tradicionales de la ley liberal– no es, por consiguiente, una pura invención de Lenin.

2. Una vez que el Partido-vanguardia se había justificado “históricamente” para ejercer su dictadura, ¿por dónde comenzaría éste su tarea para que los individuos soviéticos alcanzaran “la concertación perfecta en el todo”? (Se trata, ahora, de *realizar* la ideología y, según Kolakowski, de indicar por qué la realización de sus valores básicos es difícil, si no imposible, en ausencia de un sistema totalitario). Marx había dejado dicho muy claramente por dónde comenzar: por la abolición de toda la propiedad privada y la administración, por parte de un Estado a extinguir, “de las meras cosas”. No es invención de Lenin que para “emancipar” de manera general a los soviéticos hay que expropiar íntegramente a la burguesía y el campesinado, abolir el sistema burgués de mercado y estatalizar la esfera económica.

Sólo que la administración estatal de las meras cosas –la apropiación estatal de los recursos externos– no es separable como cuestión de hecho –dice Kolakowski al igual que Hayek– de la administración y apropiación estatal del propio poder productivo de los trabajadores y de las vidas enteras de trabajadores y consumidores. Con la administración de las meras cosas, el trabajo humano se convirtió en trabajo forzoso y coercitivo; el consumo, en racionamiento estatal, y la persona, en herramienta a ser usada como si fuese cosa. Y como, según Marx, en el camino (socialista) hacia el comunismo, el nuevo Estado es todavía instrumento de la clase obrera, aquellos que resisten –puede “interpretar” Lenin–, incluso aquellos que, simplemente, no encuentran acomodo dentro de la nueva Humanidad, deben conceptuarse como enemigos anti-revolucionarios o, peor, reliquias del pasado. Ninguna de estas inferencias, dice Kolakowski, son pura imaginación de Lenin. Pues

a cada paso el (erradísimo) aserto de Engels (cuya fuente es Marx), de que “*la verdadera libertad es la medida en la que el pueblo puede dominar su entorno natural y controlar conscientemente todos sus procesos sociales*”, conduce a la (aún más errada) conclusión de que cuanto mayor sea el área de la vida social sometida a la planificación única, tanto más libre será la sociedad.

Por todo ello, y según concluye nuestro autor:

“(El leninismo-stalinismo) hizo del esqueleto seco del marxismo, esto es, de un marxismo despojado de su complejidad, un plan simplificado pero no falsificado para construir la nueva sociedad (...). La ‘versión práctica’ de la ‘teoría’ marxiana ofrecía posibilidades muy diferentes; pero nada hubo de no-marxiano en la versión práctica bolchevique. (...)

Marx creía firmemente que la sociedad humana no sería ‘liberada’ sin alcanzar la unidad. Pero, a excepción del despotismo, no se conoce ninguna otra técnica para lograr la integración de la sociedad: (no hay) ninguna otra forma de suprimir la tensión entre la sociedad civil y la política que no sea la supresión de la sociedad civil; ninguna otra manera de eliminar los conflictos entre el individuo y ‘el todo’ que no sea la destrucción del individuo; (y) ningún otro camino hacia la libertad ‘superior’ y ‘positiva’ –en oposición a la libertad ‘burguesa’ y ‘negativa’– que no sea la liquidación de esta última”¹¹.

Tampoco, concluye la que escribe estas líneas, son puras invenciones de Lenin que:

“Para transformar el modo de producción (burgués) en su totalidad, y aun cuando la economía no funcione, al principio, de modo suficiente ni sostenible, las operaciones despóticas (...) inevitables... son (entre otras las siguientes):

- Expropiación de toda la propiedad de la tierra, y mejora del sector agrario conforme a ‘un plan comunitario.’

¹¹ Kolakowski, ‘Las raíces marxistas ...’, op. cit. 2005, pp. 222-3.

- *Organización de ejércitos industriales (especialmente para la agricultura).*
- *Multipliación (lo más rápidamente posible), de los instrumentos y las fuerzas de producción.*
- *Igual obligación de trabajar para todos.*
- *Unión de la educación con la producción material, etc.”*

(He querido citar sólo algunos elementos más de ese “guión para líderes prácticos” que es el final del Libro II del *Manifiesto*, y cuya “verificación” comprobaremos enseguida).

C) LA DESTRUCCIÓN DEL PUEBLO SOVIÉTICO DE 1917 A 1933

Quizá Kolakowski sea un exagerado o un tráfuga burgués o un “converso” o algo peor. Así pues, comencemos a comparar los análisis esbozados con los hechos y los incontables tipos de sufrimiento. Como ya he dicho, me centraré en el leninismo y en la colectivización del campesinado llevada a cabo por Stalin en los años 30, dado que el resto de la etapa estalinista es más conocido. Terminaré, en la última parte de este artículo, con algunas reflexiones sobre la pervivencia de la mentalidad socialista en nuestras sociedades liberales, y ello a pesar de los hechos y argumentos en su contra.

1. El golpe de Estado bolchevique contra el Gobierno provisional de la recién estrenada república rusa constituye un auténtico “arquetipo práctico” para todo (coetáneo y futuro) “grupo reducido, compacto y altamente disciplinado de revolucionarios profesionales” que pretende (unilateralmente) poseer la verdad o los ideales acertados, frente a las meras opiniones o los fines “inmorales” *del resto de la humanidad ni-más-ni-menos*.

Tras la abdicación del Zar en febrero (marzo) de 1917¹², se establece en Rusia un Gobierno provisional que se las tendrá que ver, desde el princi-

¹² La fecha que aparece en primer lugar corresponde a la del calendario Juliano, calendario vigente por entonces en Rusia; la segunda, a la del calendario Gregoriano, hoy en día prácticamente universal.

pio, con un Gobierno “paralelo”. Los soviets o Consejos de campesinos, soldados y obreros surgen en Rusia desde principios de siglo y crecen exponencialmente a lo largo de los numerosos conflictos sociales que ha de vivir el país, muy especialmente la I Guerra Mundial. La mayor parte de ellos nunca ha sido controlada por los bolcheviques; antes bien, otras fuerzas políticas de izquierda, menos radicales, e incluso fuerzas liberales, disponen de una representación mucho más elevada en los distintos consejos: los socialistas-revolucionarios, sobre todo, herederos de los “populistas” del siglo XIX y con un enorme apoyo del campesinado; los mencheviques, y los demócratas-constitucionalistas, entre otros. Las diversas estimaciones para el total de miembros del Partido de Lenin en febrero (marzo) de 1917 no superan el número de los 2.000.

Ya en marzo de 1917, los líderes de esos partidos más numerosos establecen el nuevo “Soviet de trabajadores, campesinos y soldados de Petrogrado”, soviet que se pretende el órgano de oposición y de control del Gobierno “burgués” de Kerensky. En junio de 1917 se organiza el Primer Congreso pan-ruso de soviets; dicho Congreso elige un Comité Central que inmediatamente y, de hecho, comienza a funcionar como una especie de Ejecutivo nacional paralelo al Ejecutivo Provisional. Para agosto de 1917, el Gobierno de Kerensky se encuentra totalmente desacreditado –entre otras razones, por las dificultades de guerra, la dilación de la esperada reforma agraria y el presunto intento de golpe de Estado del general Kornilov. Desde su exilio en Finlandia, tras un intento de golpe, fallido, en julio, Lenin escribe a sus bolcheviques que “establecerán un poder en los soviets imposible de contrarrestar si comienzan a realizar ofertas inmediatas de paz y tierra a la población”.

Para primeros de septiembre de 1917, los bolcheviques dominan, en gran medida, dos de los soviets más importantes, el de Moscú y el de San Petersburgo (Petrogrado), este último liderado por Trotsky. Y es que “la vanguardia bolchevique”, auto-legitimada teóricamente para “energizar las tendencias ineluctablemente progresistas de la historia” –en realidad, para verificar o hacer verdaderas de hecho sus verdades– no ha cesado, en las semanas previas a su inminente golpe, de infiltrar y adoctrinar (o de subvertir y desmembrar, según sea el caso) los soviets controlados por otros grupos

políticos. Con todo, ni aun así prevé una mayoría absoluta en el 2º Congreso pan-ruso de todos los Soviets, previsto para el 20 de octubre de 1917 y aplazado hasta el día 25 del mismo mes. A primeros de octubre, y con Lenin nuevamente presente en el país, los bolcheviques votan un alzamiento armado contra el Gobierno en nombre del soviets de San Petersburgo –alzamiento que corre, para ser exactos, a cargo de los propios bolcheviques y unos pocos socialistas-revolucionarios– y conforman un Comité Militar Revolucionario para llevarlo a cabo.

En la noche del 24 al 25 de octubre (del 7 al 8 de noviembre) de 1917, esto es, pocas horas antes de la inauguración del 2º Congreso, Trotsky y su guardia roja toman los puntos estratégicos de San Petersburgo y el alzamiento triunfa en las principales ciudades de Rusia. Enfrentados a un *fait accompli*, la mayoría de los diputados al 2º Congreso pan-ruso de soviets lo abandonan; lo que queda del Congreso aprueba, a iniciativa de los bolcheviques y antes de disolverse, “la paz (la salida de la I Guerra), la abolición de las grandes propiedades agrícolas y la creación de un Consejo de Comisarios del Pueblo”, Consejo que constituye, bajo Lenin, el primer Gobierno Revolucionario.

Aunque las posibilidades de alcanzar una mayoría, siquiera simple, en el 2º Congreso no eran remotas –debido a la sobrerrepresentación de los soviets controlados por los bolcheviques: además de los de San Petersburgo y Moscú, de modo creciente, el del ejército–, Lenin, que siempre ha pretendido el poder absoluto para su Partido, quiere evitar los problemas de reparto de poder que pueden plantearse si la toma del mismo se produce como resultado de una votación del Congreso. Conoce, además, el rechazo general del resto de partidos socialistas a una insurrección armada, que es, sin embargo, su camino para relegar a aquellos partidos a la nulidad política y cumplir sus objetivos; pues Lenin siempre ha sostenido que “la guerra civil es la continuación natural de la guerra entre clases” (y como la mayoría de historiadores señala, *desea* dicha guerra aunque las clases supuestamente adversarias estén constituidas por los seguidores de socialistas-revolucionarios, socialdemócratas mencheviques, constitucionalistas, o anarquistas). Lenin, por lo demás, siempre se ha mofado del pactismo o de cualquier otro tipo de procedimiento remotamente similar a los de la democracia burguesa.

2. Aunque, tras el golpe de Estado, Lenin actúa con rapidez en los niveles de la “legalidad” (lo veremos enseguida) y de la toma efectiva de los centros de poder real (ejército, policía, prensa y comunicaciones), tampoco prevé una mayoría absoluta en la Asamblea Constituyente rusa, prevista para el 5 de enero de 1918. Efectivamente, las elecciones para dicha Asamblea –fijadas por el desaparecido Kerensky para el 12 de noviembre de 1917 (y las únicas y últimas elecciones libres en la URSS hasta 1989)– sólo conceden a los bolcheviques unos modestos resultados: 9 millones de votos frente a los 36 millones emitidos y 175 escaños frente a los 410 del Partido Socialista-Revolucionario (de un total de 707). Lenin incluye en su Gobierno Revolucionario a tres miembros de la formación mayoritaria, esperando así asegurarse la mayoría de la Asamblea. Sobre dicha Asamblea, con todo, Lenin tiene muy claras sus ideas:

“Se nos pide que convoquemos la Asamblea tal y como fue originalmente concebida. ¡No, gracias! Fue concebida contra el pueblo y nosotros, precisamente, llevamos a cabo nuestro alzamiento para que no fuera utilizada contra el pueblo”.

Y días más tarde, en un artículo en *Pravda*:

“Cualquier pretensión de considerar la Asamblea desde un punto de vista formal, jurídico, como marco de una democracia burguesa, es una traición al proletariado”.

El día anterior a su inauguración, *Izvestia* advierte a los diputados constituyentes de que todo el poder de la República rusa corresponde “a los soviets” y de que, “si intentan usurpar ese poder, serán tratados como contrarrevolucionarios y aplastados con todo el poder de los soviets, incluido el ejército”.

En este clima, la Asamblea debate hasta la medianoche del día 5 de enero de 1918 y, a pesar de todas las amenazas, finaliza con una votación contra el Gobierno Revolucionario de los bolcheviques por 237 votos (frente a 138). Los guardias del edificio, controlados por los bolcheviques, ordenan la conclusión de la sesión; y antes de que las reuniones puedan reanudarse el día siguiente, el Comité Central Ejecutivo-Revolucionario di-

suelve la Asamblea a perpetuidad. Para finales de enero, tras sólo doce semanas de poder “soviético” (es un decir), Lenin habrá asentado de tal forma su dictadura que ya nada ni nadie podrá fácilmente retarla.

3. Como apunta Richard Pipes, la “audacia” de la toma del poder por parte de los bolcheviques no reside sólo en que éstos se hagan con el gobierno del mayor país del mundo y se apresuren a nacionalizar la quinta economía mundial en términos absolutos, sin tener experiencia alguna en la Administración o la economía; reside, sobre todo, en su consideración de la inmensa mayoría de los ciudadanos de Rusia como enemigos (“enemigos de la clase proletaria”). En efecto, los bolcheviques consideran enemigos a los terratenientes, “burgueses”, antiguos burócratas y nacionalistas como cuestión de principio; y a la *intelligentsia* y el campesinado como cuestión fáctica. En cuanto a los trabajadores industriales, a quienes dicen representar –menos del 2 por ciento de la población rusa, del cual menos del 6 por ciento pertenece, entonces, al Partido bolchevique–, Lenin defiende, en lo que se refiere a su crecimiento y disciplina, la violencia “despiadada” (que es su adjetivo favorito). Pipes considera, así, el totalitarismo soviético “una exigencia de la naturaleza misma de la toma del poder bolchevique (...), en la medida en que éstos (y contra la inmensa mayoría), desean perpetuarse en el poder”.

Martin Malia, por su parte, destaca “la esencia criminal del régimen desde sus inicios”. Según el autor, la frecuente distinción entre el exterminio “como fin en sí mismo” (que caracterizaría el exterminio nazi), y el exterminio “como medio para alcanzar un objetivo político” (que caracterizaría el exterminio bolchevique), no se sostiene: los supuestos “medios” de los bolcheviques muestran tal indiferencia por la vida y la dignidad humanas, tal iniquidad, que no pueden ser siquiera considerados como *tales*. Así, las etiquetas de “enemigo del pueblo” o “parásito nocivo” –una animalización que Lenin acuñó desde los comienzos y no cesó de re-metamorforizar– recaen sobre la mayoría de las víctimas no tanto por lo que hacen (resistir, por ejemplo), como por lo que son (fusionada o “colectivamente” terratenientes, campesinos, burócratas, etc.); y ello quiere decir que el propio “objetivo político” –necesitado, presuntamente, de ciertos “medios”– los ha desechado y condenado de entrada.

4. Ya en noviembre y diciembre de 1917, todas las “viejas” leyes y los “viejos” procedimientos jurídicos –leyes y procedimientos que, por supuesto y como afirma Lenin, “se hallan en contradicción con los objetivos del nuevo Gobierno”– son derogados. Se establecen los Tribunales Revolucionarios, se crea la *Cheka* y se declaran ilegales los partidos constitucionalistas, en espera de destruir o ilegalizar el resto de las formaciones políticas. En resumidas cuentas, desaparece el imperio de la ley¹³. Y es que como, según Carlos Marx, todo Estado y su Ley no son sino “dictadura a favor de una clase dominante”, la nueva clase dominante (la propia *intelligentsia* bolchevique) hace lo apropiado, lo “ortodoxo”, al crear su propia dictadura: un nuevo Estado y una nueva “Ley” inéditos por su salvajismo.

Para la primavera de 1918 y pocos meses después de la clausura por la fuerza de la Asamblea Constituyente, *todos* los soviets rusos han sido sometidos al Partido o completamente destruidos por la Cheka. “Todo el poder para los soviets” y “Todo el control para los trabajadores” han devenido ya “todo el poder y todo el control para el nuevo Estado”.

5. En septiembre de 1918 y poco antes de la Guerra Civil, la creciente oposición de campesinos, obreros industriales y funcionarios a los bolcheviques –han comenzado las requisas de alimentos del campo y los reclutamientos para el ejército rojo– inaugura el “Terror Rojo”. Lenin *legaliza el terror* en el país concediendo a la Cheka, incluso a sus más humildes miembros, el derecho (según la nueva Ley), a “liquidar inmediatamente a todo tipo de basura contra-revolucionaria sin tener que referir a autoridades u órdenes superiores”; ordena asimismo establecer los primeros campos de concentración. Este proceder, el Terror, constituirá –al igual que la economía comunista que ayuda a implantar– un “logro permanente” de la sociedad nueva. Como señala Werth, mientras que de 1825 a 1917 el zarismo dicta 6.321 sentencias de muerte –la mayor parte durante la Revolución de 1905-1907 y muchas de ellas conmutadas por trabajos forzados–, durante

¹³ Ya en 1905, el Zar había otorgado a sus súbditos una Constitución y, con ella, los derechos de ciudadanía básicos. En 1906 comenzó a funcionar en Rusia la ‘Duma’ o Parlamento (aunque con ciertas limitaciones). Desde 1860 el zarismo había asimismo impulsado la liberación de los siervos, la enseñanza superior y los rudimentos del desarrollo industrial y comercial de tipo capitalista.

el otoño de 1918 y en sólo dos meses de Terror Rojo, el bolchevismo ejecuta sumariamente a más de 15.000 personas. Para finales de 1920, las ejecuciones sumarias de la Cheka superan ya la cifra de las 50.000 personas¹⁴.

En lo que se refiere a los campos de concentración –campos en los que la reclusión es resultado de meras medidas administrativas y los encarcelados son, con frecuencia, rehenes de colectivos enteros–, para 1921 el número de internos supera los 70.000.

Según Malia, y como ya apuntamos, los numerosos crímenes masivos y genocidios diversos perpetrados por los bolcheviques, desde el Terror Rojo en adelante, sólo pueden deberse a un régimen o, más bien, “una empresa que es criminal en su esencia misma”; pero añade, a modo de advertencia, que dicha criminalidad es absolutamente nueva y poco o nada tiene que ver con el presunto y siempre exagerado “barbarismo” del antiguo zarismo o de los propios rusos¹⁵.

6. El objetivo principal del Terror Rojo (1918-1924), es la implantación expeditiva de la nueva economía comunista, impostoramente llamada “comunismo de guerra”, e impuesta al resguardo de la Guerra Civil.

Según la opinión más extendida hasta hace muy poco tiempo, la Guerra Civil rusa (de finales de 1918 a finales de 1920), es un mero asunto militar entre los bolcheviques “rojos” y los monárquicos “blancos” (esos traidores que cuentan con el apoyo del exterior). Pero como el *Libro Negro* pone al descubierto, el “asunto” significativo, en realidad, son los hechos en los “frentes interiores” tras las líneas militares: la represión y el salvajismo, por parte de cada bando, con los que pertenecen al otro pero han quedado atrapados en su territorio y bajo su dominio. El terror bolchevique es, de lejos, el más generalizado y sistemático, administrándose contra todo tipo de militante político, desde monárquicos a anarquistas; contra cualquiera que pertenezca a una clase “sospechosa” o “enemiga del pueblo” o, incluso, haya estado simplemente viviendo en

¹⁴ Werth, N., op. cit. 1999, p. 78 .

¹⁵ Malia, M., op. cit. 1999, p. xvii.

una aldea anteriormente en poder del enemigo¹⁶. Con todo, el frente interior para los bolcheviques lo constituirán, muy especialmente, los cosacos como grupo étnico, los obreros industriales en huelga y los campesinos que resisten, aunque la “resistencia” entrañe, las más de las veces, manifestarse por pan.

6a) Los cosacos, supuestamente hostiles al régimen en tanto que colectivo étnico, son deportados en masa de sus territorios ancestrales en el Don y el Kuban en 1919 y 1920. Esta *des-cosaquización*, modelo leniniano para las deportaciones de numerosos grupos étnicos en los años 30 –deportaciones a las que Stalin tiene a bien dar el nombre, artero y general, de *deskulakización*–, subraya la continuidad esencial entre el leninismo y el estalinismo. Ya desde diciembre de 1917, los cosacos habían comenzado a ser despojados de los privilegios y las tierras de los que habían disfrutado bajo el zarismo (por ser los defensores tradicionales de una de las fronteras del Imperio), y a ser considerados como “enemigos de clase”. Muchos de ellos, afrentados, fueron uniéndose paulatinamente, desde la primavera de 1918, al ejército blanco concentrado en el sur de Rusia. Con motivo de los distintos avances de los bolcheviques, durante la Guerra Civil, hacia Ucrania y el Don, éstos, y por primera vez en la historia, toman la resolución (en un primer momento secreta) de deportar y/o liquidar a la población entera del territorio “hasta el último hombre”. El principio rector es de la “responsabilidad colectiva”: ser “privilegiados” o combatientes “blancos” o *kulaks* que no entregan las cuotas de alimentos exigidas, intencionadamente exorbitantes, o todo lo anterior. Entre 400.000 y 500.000 cosacos de una población inferior a 3 millones son, bien asesinados, bien deportados y extintos por hambre y trabajos forzados en las cercanas minas del Donetsk; y ello sólo porque las deportaciones cesan, *temporalmente*, con el final de la Guerra.

¹⁶ Así es como comienza a practicarse y consolidarse, según **Amis, M.** el asesinato “por cuotas”: bajo el principio de “la responsabilidad colectiva” no sólo los miembros de las clases “enemigas del pueblo”, sino también sus familiares, conocidos e incluso vecinos, son hechos prisioneros en calidad de “rehenes” y, con frecuencia, desaparecidos o ejecutados. Amis se basa en la obra de **Figes, O.** (*A People's Tragedy*, 1996), según la cual, mientras que las bajas militares de la Guerra Civil, por parte de los dos bandos, suponen 1 millón de personas, las bajas no-militares causadas por el leninismo superan, de 1917 a 1924, los 10 millones. (El *Libro Negro* cifra estas últimas en unos 6 ó 7 millones de personas).

6b) Asimismo, durante la guerra y como uno de sus mayores capítulos represivos –el mejor ocultado por el régimen hasta la apertura de los archivos soviéticos durante la era de Yeltsin–, enfrentamos la violencia sistemática contra los obreros industriales, esos proletarios en nombre de los cuales dicen gobernar los bolcheviques. Las huelgas obreras, muchas de ellas debidas a la escasez de medios materiales y alimentos (por el hundimiento económico generalizado del país), son neutralizadas por la Cheka y su carta blanca para el asesinato.

A finales de 1919, Trotsky comienza a fraguar la militarización del trabajo industrial: como el mercado (inexistente) ya no puede servir de estímulo a obreros “avaros” o “perezosos”, razona el camarada, es obligación del Estado “ubicar, dirigir y supervisar” a los mismos, y obligación de los trabajadores obedecer como los soldados en el ejército; en efecto, las huelgas constituyen “deserción”, llegar tarde al trabajo o tomarse descansos en él constituyen “traición”, y el castigo es el correspondiente a dichos crímenes. El objetivo es someter, y cuanto antes, a todas las empresas a las nuevas políticas de producción –al comunismo de guerra–, así como a sus “nuevos capataces empresariales”, los propios bolcheviques.

Si recordamos las consignas marxianas referentes a la obligación universal de trabajar, la creación de ejércitos industriales o la “rápida” multiplicación de las fuerzas productivas (“fuerzas” que incluyen el propio trabajo y los modos de realizarlo), no puede dudarse de que las mismas hallan su siniestra traducción práctica con Trotsky. El camarada Trotsky instruye a los capataces del Estado para que demanden, continuamente, horas extra de trabajo; exijan a los trabajadores que acudan a trabajar también los domingos, único día del que disponen para buscar alimento en las aldeas cercanas; y categoricen los estómagos proletarios –de cara a la distribución de raciones– de “activos a sedentarios” –siendo estos últimos, naturalmente, los estómagos de los especialistas y obreros más “intelectuales”. Lejos de disminuir, las huelgas se disparan con la militarización, y con las huelgas se desencadena una mayor y peor represión. A ciertos miembros de la Cheka que escriben a Lenin exponiéndole que disparar a los proletarios hambrientos es en exceso “áspero”, Lenin responde, “*Haced lo que debéis o encontraré a chekistas más decididos que vosotros*”.

6c) La Guerra Civil sirve también para encubrir el comienzo de la destrucción del campesinado. “*Esas masas –dicen los bolcheviques y Trotsky en particular – son cerriles y sólo por la fuerza sabrán lo que les conviene; de lo contrario, las barreremos con la horquilla con que estamos barriendo –se refiere a la Guerra Civil– a esas hordas de bandidos y conspiradores que son los ucranianos*”. (Algo similar a lo que ya ocurre con los cosacos comienza a concebirse para los ucranianos, aunque sólo Stalin, en la primera mitad de los años 30, lo lleva a sus últimas consecuencias).

Las revueltas e insurrecciones campesinas contra los bolcheviques son incesantes desde 1918 a 1921. No es para menos. Recordemos que en las fechas en torno a la revolución, los bolcheviques hacen demagógicamente suyas las consignas de socialistas-revolucionarios y anarquistas, y prometen la redistribución de las grandes propiedades entre los campesinos a razón de “tantas bocas, tanta tierra”; recordemos, asimismo, sus promesas de paz: con la prolongación de la I Guerra Mundial (hasta finales de 1917) y la conscripción forzosa de más de 10 millones de campesinos durante tres años, éstos anhelan el cumplimiento de la promesa y la vuelta a casa.

Pero es precisamente en ese contexto cuando comienzan, por parte de los bolcheviques y durante el verano de 1918, las requisas de alimentos y otros “excedentes” agrarios para el suministro de las ciudades –en realidad, el uso y el despojamiento del campesinado para acelerar la industrialización pero, también, “barrerlo” como clase– y un nuevo reclutamiento forzoso para engrosar el ejército rojo. Las órdenes de Lenin no dejan lugar a dudas; así, la que envía a los funcionarios comunistas de la provincia de Penza, provincia muy agitada en agosto de 1918, y que dice:

“¡Comaradas! la rebelión (...) debe ser reprimida despiadadamente. (...) Colgad, (colgad sin falta, que la gente lo vea) a no menos de cien kulaks conocidos, hombres ricos, sanguijuelas (...). Designad rehenes (...). Hacedlo de tal forma que en centenares de verstas a la redonda la gente vea, tiemble, sepa, grite: ‘están ahogando y ahogarán hasta morir a las sanguijuelas kulaks.

(...) Acuse telegráfico y puesta en práctica”¹⁷.

¹⁷ En Pipes, R., op. cit., 2002, p. 70.

Hasta enero de 1919 las requisas se realizan de modo más bien anárquico; pero, con la concesión de poderes extraordinarios al Comisariado del Pueblo para la Alimentación, se acaba constituyendo un auténtico ejército con el apoyo de la Cheka y de numerosos militares rojos: la guerra contra los “verdes”, los campesinos que resisten las medidas, ha comenzado.

Cada provincia, distrito, cantón y aldea ha de entregar una cuota –de grano, patatas, huevos, aceite, carne, leche, etc.–, cuota que ha sido fijada por el Estado por adelantado y según producciones estimadas. Cada comunidad es en su conjunto responsable de la entrega de esa cuota; si lo hace, las autoridades dan recibos que se pueden utilizar para “comprar” bienes manufacturados; si no, cualquiera de los miembros o las familias de la comunidad pueden ser tomados como rehenes. Para finales de 1919 esos recibos no cubren ni el 15 por ciento de las necesidades de bienes fabriles de los campesinos. Para 1920, el volumen de las requisas se ha triplicado con respecto al de 1918 –entre otras razones, por las estimaciones burocráticas, cada vez más disparatadas e imposibles–, mientras que el valor de los recibos o estampillas no ha hecho sino decrecer –pues la militarización del trabajo, entre otras cosas, ha hecho los bienes manufacturados escasos y carísimos.

En cuanto al reclutamiento compulsorio en las filas revolucionarias, entre 1919 y 1920 la Cheka notifica más de 3 millones de “desertores” campesinos, de los cuales localiza y arresta a más de un millón. Los familiares de quienes han desertado comienzan asimismo a ser tomados como rehenes, y ejecutados si no realizan a la perfección los “trabajos comunitarios” que se les encomiendan; en otras ocasiones, aldeas “rebeldes” enteras son calcinadas o bombardeadas. Las guerrillas campesinas que se van organizando –sobre todo en Ucrania, el Don, el Kuban, y las Provincias Centrales– son bautizadas por los bolcheviques como guerrillas de *kulaks*, es decir, campesinos “ricos y contra-revolucionarios”.

7. El comunismo de guerra bolchevique, mucho más que la Guerra Mundial y la Guerra Civil, destruye la economía rusa en un brevísimo espacio de tiempo y da lugar a la peor hambruna (en 1921-22) que hasta entonces se ha dado en la historia de Europa.

Desde 1890 hasta 1917 el zarismo había impulsado un importante crecimiento de la industria en Rusia así como el surgimiento de una nueva clase media campesina, clase que esperaba –como así fue– no sólo aseguraría el suministro de alimentos a las ciudades y su prosperidad, sino también la exportación de grano y otros productos agrarios al resto del mundo, con los que conseguir capitales para el desarrollo. Con los bolcheviques, la inflación –inflación pergeñada (en el grado en que lo fuera) como medio de destruir el viejo sistema de propiedad– alcanzó niveles absolutamente inéditos hasta entonces en la historia. Los precios de los alimentos se multiplicaron por miles entre 1917 y 1923. La impresión de moneda llegó a consumir entre el 45 y el 60 por ciento de los gastos presupuestarios del Estado. (Sólo tres años después de la revolución, durante la invasión de Polonia en 1920, Lenin ofrecía nada menos que 100.000 rublos “a quien colgara a un cura, un *kulak* o un terrateniente polaco”; pero aquella cantidad, aparentemente desorbitada, equivalía, entonces, a sólo dos kopecs del tiempo anterior a la revolución). Para 1920, la producción industrial (en su conjunto) representaba un 15-10 por ciento; la de carbón, un 27 por ciento y la de hierro a un 2,4 por ciento *de las alcanzadas en 1913*. El número de obreros industriales en 1921 era apenas la mitad de los obreros que había en 1918. En palabras de Pipes, la catástrofe que se ocasiona en Rusia entre 1917 y 1921 tiene escasísimos parangones en la historia de la humanidad.

La NPE (Nueva Política Económica) que autoriza de nuevo, entre 1921 y 1928, el mercado “libre” –en realidad legaliza el mercado negro, que está, de hecho, alimentando a las ciudades, y el mercado con el exterior de algunos sectores– trae consigo una recuperación de la economía, en algunos aspectos con resultados esperanzadores: así, por ejemplo, la agricultura rusa vuelve a alcanzar en 1928 los niveles de producción de grano de 1913. Pero tales resultados no suponen, como muchos autores han creído, la disminución del Terror; al menos no hasta la relativa “tregua” que de 1924 a 1927 el embrionario estalinismo concede a la población.

“Es un gran error, afirma Lenin en marzo de 1922, pensar que la NPE ha puesto fin al terror. Volveremos al terror y al terror económico”. Con todo, no es necesario volver a él. La sustitución de las requisas agrarias por

“impuestos en especie”, la limpieza del campo de “bandidos” (en ocasiones con bombardeos de gas venenoso), el incremento de las horas de trabajo industrial y la reducción de las raciones de pan de los trabajadores –esto es, el incremento de la explotación y la intimidación en lo que se refiere al proletariado “militarizado”– son algunas de las medidas que permanecen desde 1921 hasta la muerte de Lenin en enero de 1924.

8. Dos son las hambrunas artificiales y masivas que el pueblo soviético sufre durante los primeros 15 años de existencia del nuevo Estado: la primera de ellas con Lenin en el poder –en 1921-22, con 5 millones de víctimas– y la segunda, bajo Stalin, –en 1932-33, con 6 millones de víctimas.

La hambruna de 1921-22, debida en parte al clima pero, sobre todo, a la descabellada política de requisas e impuestos –política que aspira a demoler a una *no-clase* para consolidar a otra, o mejor, al nuevo Estado– afecta sobre todo a Ucrania, las provincias del Volga y el Cáucaso septentrional, y a Siberia occidental. Incluso la Cheka ha informado varias veces, en 1919 y 1920, que “la orgía de requisas” está haciendo “insostenible e irreversible” la situación en esas áreas. Pero el Gobierno, empeñado en matar de hambre a los campesinos (sanguijuelas “resistentes”), rehúsa tomar medida alguna para aminorar los resultados anunciados. Enfrentados a la deliberada inacción de Lenin¹⁸, un grupo de economistas, periodistas, científicos y profesores de universidad de renombre internacional establece, en junio de 1921, un Comité de Ayuda a los Hambrientos, comité que pretende recabar ayuda internacional. Reaciamente, el Gobierno “legítima” dicho Comité y éste recibe la ayuda de la Cruz Roja, la Asociación Americana de Asistencia (ARA), los Cuáqueros y la propia Iglesia Ortodoxa rusa (que autoriza la venta de los tesoros eclesiásticos que no tengan estricto valor sacramental). La ayuda internacional salva, de 30 millones de hambrientos, víctimas potenciales de la catástrofe, a 25 millones. A pesar de todo ello, y cuando lo peor ha pasado, Lenin manda encarcelar, y más tarde expulsar de la URSS sin posibilidad de retorno, a la mayoría de los miembros del

¹⁸ Lenin se había opuesto tajantemente, ya en 1891 y en la hambruna que Rusia vivió entonces, a cualquier tipo de ayuda a las víctimas: “su frustración y su miseria” (las de unas 300.000 personas), dijo, “ayudarán a la transformación política del país”.

Comité, y ordena la confiscación de todos los bienes de la Iglesia y la guerra contra sus miembros.

9. De los rasgos más característicos del estalinismo –el fortalecimiento (o más bien, el paroxismo) de la tiranía unipersonal, la total colectivización de la tierra, la destrucción del partido bolchevique en las purgas, y el “comunismo en un solo país” (o “redescubrimiento” del nacionalismo ruso con ocasión de la II Guerra)–, sólo las dos últimas medidas constituyen, según todos los historiadores, una contribución estaliniana original. El tratamiento dado por Stalin al campesinado –con el que concluyo este apartado– no sólo demuestra la continuidad esencial entre el estalinismo y el leninismo sino, ante todo, la aberración de un bolchevismo que no duda en “planificar” a una clase compuesta (ni más ni menos que) por 120 millones de personas de los 150 millones de ciudadanos soviéticos.

La hambruna de 1932-33 fue, en resumidas cuentas, la consecuencia necesaria de la decisión de Stalin de “diligentemente” colectivizar el campo, declarando, así, la guerra a todo un país que, en su inmensa mayoría, estaba constituido por minifundistas. La colectivización, violenta y draconiana, supuso la deportación de 2 millones de supuestos *kulaks* en 1930-31; la muerte por “abandono” de varios cientos de miles de esos deportados y la muerte por hambre de más de 6 millones de personas.

9a) “La crisis de cosechas” de finales de 1927 da a Stalin la excusa que necesitaba para, de una vez por todas, zanjar “la cuestión *kulak*”. La crisis se debe a que los campesinos no entregan al Estado el volumen de productos exigido; entre otras razones, los precios que el Estado paga –bajo la NPE– son un tercio, incluso un cuarto, de los precios que los productos agrarios alcanzan en el “mercado”; los bienes manufacturados siguen siendo escasos y carísimos; y los impuestos estatales en especie, excesivos. Cuando Stalin decide, para castigar a los campesinos, quintuplicar el volumen de productos exigido, y aumentar 10 veces los impuestos en especie, los campesinos reaccionan cosechando mucho menos a finales de 1928 y 1929. Stalin “aprende la lección” y resuelve, a finales de 1929, inaugurar el Primer Plan Quinquenal y, con él, el funcionamiento de los *koljoses* y *sovjoses*, esto es, las granjas colectivas.

El Primer Plan Quinquenal contempla, entre otras cosas, la explotación de las áreas más inhóspitas de la URSS, algunas de ellas ricas en recursos naturales. En 1928, Stalin ya ha concebido mandar a esas áreas a numerosos reclusos de los campos de concentración, incluyendo los “especialistas burgueses” –esto es, los trabajadores de cuello blanco y los altos directivos de la industria y la Administración–, a los que acaba de declarar saboteadores. Es en este contexto en el que la idea de la *deskulakización* toma forma; se trata de declarar a los campesinos cuyo estándar de vida es más o menos “adecuado” *kulaks* (enemigos *incuestionables* de la inminente colectivización) para, así, expropiar y colectivizar sus tierras más convenientemente y enviarlos a “multiplicar” los recursos originarios del país. Para la consecución de este objetivo, miembros del Partido y jóvenes comunistas de las propias aldeas se encargan de elaborar las listas y congregar las cuotas de los seres humanos que van a ser deportados, cuotas que, por adelantado, el Estado ha decretado. Sólo en 1930 y 1931 casi 2 millones de *kulaks* son tras-terrados, a pesar de la resistencia y las numerosas guerrillas que, por enésima vez, se crean en el campo.

Según R. Pipes, el resultado de esta colectivización constituyó una “revolución sin precedentes que implicó que más de las tres cuartas partes de la población soviética quedaran relegadas al estatus de mera pertenencia del Estado”. La colectivización, dice el autor, llevó al campesinado a una condición de postración mucho mayor que la anterior a 1861 (año en el que el zarismo había decretado el final del régimen de servidumbre), ya que, incluso como siervo, el campesino había hasta entonces dispuesto de sus propias cosechas, su ganado e incluso de un buen trato relativo. Tras la colectivización su suerte fue peor que la de un esclavo, con sólo los recursos mínimos para la subsistencia. El país no se recuperó nunca de aquel desastre: de haber sido un país exportador de grano antes de la revolución (y más o menos autosuficiente en 1927-28), pasó a sufrir una carestía crónica de alimentos hasta su final desaparición como Unión Soviética.

9b) El modo de deportar a estos seres humanos es, sobre todo en los años citados, extremadamente “desordenado” (o eso señalan las autoridades en sus *double speak* informes). En realidad y como apunta Werth, no se trata sólo de que el increíble número de campesinos deportados haga imposible

un proceso más organizado; se trata, sobre todo, de que en una “operación tan expedita”, la improvisación y la catástrofe tienen que darse por fuerza.

La descoordinación entre la GPU y el Comisariado del Pueblo para el Transporte, y entre los funcionarios de los lugares de partida y de llegada dan lugar a hechos como los siguientes: campesinos arrestados durante semanas en barracas provisionales junto a edificios administrativos o en la propia estación de ferrocarril, convoyes de vagones de ganado con “carga” humano esperando, también durante semanas, el “plan” de partida, multitudes de ancianos, mujeres y niños sobreviviendo con comida escasísima en los trenes y calles, en medio del frío y de la creciente enfermedad.

Llegados a la estación más cercana a su destino último, los campesinos han de continuar su viaje en trineos, carros o a pie hasta las nuevas “colonias”, que se hallan a una media de 150 ó 200 Km. de cualquier vía de comunicación, en mitad de ningún sitio. Como cada *familia* de deportados no ha podido, según las órdenes, llevar consigo más de 480 kilos de peso (incluyendo comida, herramientas de trabajo y posesiones personales), llegadas a sus nuevos “hogares” enfrentan lo que Werth llama “abandono tras la deportación”: los funcionarios bolcheviques, exasperados con una comida que se ha vuelto incomedible tras las semanas o los meses transcurridos, con lo inapropiado de las herramientas transportadas y, más aún, con lo inhóspito del lugar que ha de ser “desarrollado”, abandonan a los deportados a su suerte. Viviendo y durmiendo sobre la tierra desnuda durante meses, sea en las frías estepas, sea en los bosques pantanosos, sin cobijos, sin provisiones, sin utensilios adecuados al lugar, así es como los *kulaks* han de comenzar su nueva vida tras el reasentamiento forzoso; y cuando la ayuda estatal llega por fin, es tan magra y ridícula que sólo alcanza los niveles de la mera supervivencia. Según las estimaciones de los historiadores, más del 30 por ciento de los deportados, unos 500.000 campesinos, murieron. Y los casos de canibalismo de los cuales hay informes son escandalosamente numerosos.

9c) La gran hambruna de 1932-33 siempre fue negada por el régimen. Las autoridades soviéticas siempre la impugnarón hasta que historiadores occidentales y soviéticos la desvelaron en 1985.

Para entender esta hambruna hay que tener en cuenta, según Werth, el papel que las granjas colectivas empiezan a desempeñar inmediatamente después de su constitución; se trata de asegurar, por medio de las mismas, que la transferencia al Estado “de los proletarios” de la cantidad de productos agrarios planificada (estipulada en el Plan) se vaya logrando, requiriendo una proporción de las cosechas colectivas cada vez mayor. En 1930, los porcentajes arrebatados por el Estado a Ucrania, el Kuban y el Don, el Cáucaso septentrional y Kazajstán, oscilan entre el 30 y el 38 por ciento de sus respectivas producciones agrarias; en 1931, año en que la recolección es mucho menor, los porcentajes ya oscilan entre el 41 y el 47 por ciento. La campaña estatal de requisición de 1932 aspira a alcanzar un volumen total un 32 por ciento superior al conseguido el año anterior. Y es que, en esos pocos años transcurridos, el desfase entre las estimaciones del Plan (cada vez más irracionales) y las cosechas reales no ha hecho sino aumentar; en lo que se refiere a tales estimaciones, todos los agentes estatales implicados mienten, frenéticos por alcanzar los objetivos fijados por el camarada Stalin, y evitar su furia.

La requisita de 1932 encuentra una resistencia pasiva inesperada: los campesinos, con la anuencia de los directores y funcionarios de las granjas, e incluso de muchos miembros locales del Partido, comienzan a no-colaborar activamente y a robar y esconder parte de las cosechas cada noche. Como lo requisado no supera el 20 por ciento de lo estipulado por el Estado, los camaradas Molotov y Kaganovich se encargan, por orden de Stalin, de tomar las medidas consabidas: condenas y detenciones de 10 a 15 años en los campos, ejecuciones y deportaciones masivas (incluyendo, otra vez, a los cosacos). Incluso estalinistas incondicionales advierten a Stalin de que existe un grandísimo riesgo de hambruna (en las regiones mencionadas), “incluyendo las zonas en las que las cosechas han sido excelentes”, y solicitan “que se tomen en cuenta las necesidades mínimas de los campesinos colectivizados pues, de lo contrario, no quedará nadie que coseche el año próximo”. A pesar de ello, el Gobierno decide seguir adelante con el Plan de requisita para ese año, utilizando todos los medios.

En diciembre de 1932 y tratando de impedir el éxodo de millones de campesinos a las ciudades más próximas, el Gobierno implanta en las mismas,

para los ciudadanos “originales”, la obligación de censarse y nuevos carnés de identidad. En enero de 1933, Stalin y Molotov ordenan a la GPU que “impida por todos los medios la salida de *kulaks* de Ucrania y el Cáucaso Septentrional y devuelva a aquellos que ya han salido a su lugar de origen y no a otro”. Impidiendo la posibilidad de emigrar siquiera, lo que estos líderes decretan es, en realidad, la muerte. En el verano de 1933, el hambre, el tifus, y el canibalismo alcanzan sus cotas más altas. Y, sin embargo, mientras 40 millones de personas son víctimas de una escasez insoportable, el Gobierno soviético continúa exportando grano al extranjero “en interés de la industrialización” y para conseguir capitales.

El testimonio del cónsul italiano en Kharkov (Ucrania), de Marzo de 1933, es estremecedor:

“Hace unas semanas, se ha constituido un servicio especial para recoger a los niños que han sido abandonados. Junto a los campesinos que vienen en masa a la ciudad porque no hay esperanza de supervivencia en el campo, hay también niños, niños que, sencillamente, son traídos aquí y abandonados por sus padres, que se vuelven a sus aldeas a morir; su esperanza es que alguien de la ciudad los cuide (...). Vigilantes de uniforme blanco se han estado dedicando, estas últimas semanas, a recorrer la ciudad y recoger a los niños, a los que llevan a la estación de policía más cercana. (...) Sobre las 12 de la noche todos ellos son transportados, en camiones, a la estación de mercancías de Severodonetsk. Ahí es donde llevan a todos los niños hallados en las diversas estaciones de la ciudad o en los trenes; los reúnen con los ancianos, los campesinos y las familias enteras localizados durante el día. (...) Entonces, un equipo médico lleva a cabo una suerte de selección. (...) A los que todavía no están totalmente hinchados y tienen alguna posibilidad de sobrevivir, se los envía a los edificios de Kholodnaya Gora, donde una población constante de unos 8.000, en los enormes cobertizos, yace en colchones de paja o agoniza; muchos de ellos son niños. A la gente que ya está hinchada, se la transporta en trenes de mercancías y se la abandona a unos 70 kilómetros de la ciudad, para que nadie la vea morir. Cuando llegan a su destino, se cavan enormes zanjas y los fallecidos comienzan a ser sacados de los vagones”¹⁹.

¹⁹ Citado por Werth, op. cit. 1999, pp. 164-5.

En Ucrania, el canibalismo llega a estar tan extendido que el (“civilizado”) Gobierno estalinista manda distribuir allí carteles que dicen “Comer a vuestros hijos es un acto de barbarie”. 4 millones de personas mueren en Ucrania; 1 millón en las regiones del Don y el Kuban, y en el Cáucaso Norte; 1 millón en Kazajstán –al cual hay que añadir 2 millones de “emigrados” kazakos, a China y el Asia Central, en los años subsiguientes–; por otro lado, las pérdidas demográficas en la siguiente década, atribuibles a la escasez de comida y la miseria generalizada, son incalculables.

10. ¿Es que el comunismo no ofrece un balance positivo? ¿Y el ascenso de la URSS, en pocas décadas, a gran potencia económica, política y militar? ¿Y su victoria sobre Hitler? ¿No fueron esos elementos positivos?

Ni la mejor voluntad, ni el más escrupuloso sentido de la ecuanimidad, son suficientes para ofrecer una respuesta positiva a esas preguntas. La Rusia zarista, incluso en sus estertores de muerte, fue exportadora de grano y notable también en su desarrollo industrial y educativo. Dio, además, paso a un régimen incipientemente democrático que, según numerosos economistas y dado el crecimiento inmediatamente anterior, podría haber conseguido varias veces lo que económicamente consiguió el comunismo, y sin víctimas. En cuanto a la victoria sobre el nazismo, ¿no coadyuvó el comunismo soviético al triunfo de Hitler al oponerse eficazmente a la alianza política de comunistas y socialdemócratas en Alemania? ¿No inspiró Stalin a Hitler y estableció pactos vergonzosos con él? ¿No sacrificó a sus soldados en la Guerra de un modo absolutamente inédito y brutal, internando en el Gulag, en la posguerra, a aquellos que habían sido capturados o, incluso, habían sufrido los campos de concentración nazis? ¿No rentabilizó el enorme sacrificio de su población y la indecisión de los aliados dejando caer el “Telón” sobre lo que no era suyo y nunca debió serlo? No hay lugar, desde luego, para el balance positivo; y a la pregunta –pregunta radical– “¿es que existió, acaso, algún elemento positivo en la experiencia toda?”, J. F. Revel respondía de este modo:

“Ninguna de las justificaciones avanzadas desde 1917 en favor del comunismo real ha resistido la experiencia; ninguno de los objetivos que ambicionó fue alcanzado: ni la libertad, ni la prosperidad, ni la igualdad, ni la paz. Y eso que desapareció antes por el peso de sus propios vicios que bajo el golpe de sus adversarios.”

Y añadía, escandalizado por el resurgimiento de las simpatías hacia el comunismo entre las izquierdas de la Francia de los años 90:

“Y, sin embargo, nunca como después de su naufragio ha sido tan firmemente protegido por tantos censores sin escrúpulos. (...) ¡Cuánta abnegación es necesaria para pugnar en favor de un sistema político e ideológico sin ningún futuro, sin ningún presente incluso, y cuyo pasado ha sido hasta tal punto grotesco, estéril y sangriento! Llevar hasta ese punto el sacrificio voluntario de la propia inteligencia puede reforzar la estima, pero sigue siendo un enigma: el enigma mismo del ser humano, sin duda.”²⁰

D) ALGUNAS REFLEXIONES... IN MEMORIAM

El camarada Lenin (ese “autista moral”, como lo llama Amis), es responsable:

1. Del asesinato de varios cientos de miles de obreros industriales, campesinos y rehenes “rebeldes” entre 1918 y 1924.
2. De la deportación y muerte (por trabajos forzados y por hambre), de 500.000 cosacos en 1920.
3. De la hambruna y muerte de 5 millones de personas, por su “nueva” política económica y su posterior inacción deliberada.

²⁰ Revel, J. F., *La Grande Parade*, Plon Pocket, París, 2000, p. 94 y 95, respectivamente. La estima de la que habla Revel (pienso yo), sólo puede ser la estima endeble o, quizá, la que se sabe crecientemente refutada.

4. Del encarcelamiento de decenas de miles de soviéticos inocentes en los campos de concentración, origen del Gulag.

Según *El Libro Negro*, el número de víctimas durante su permanencia en el poder alcanzó los 6 ó 7 millones, aunque otros historiadores, como Orlando Figes, elevan esa cifra a 10 millones.

En cuanto al camarada Stalin, el temible Koba es responsable:

1. De la deportación de 2 millones de supuestos *kulaks* entre 1930 y 1932, y la muerte de más de medio millón de ellos por abandono tras la deportación.

2. De la liquidación de 6 millones de campesinos “colectivizados” a través de una hambruna manufacturada y policialmente agravada, entre 1931 y 1933.

3. De la liquidación de unas 700.000 personas, entre miembros del Partido y ciudadanos de a pie, en la Gran Purga de 1937-38 solamente.

4. Del asesinato, por parte de la Seguridad del Estado y a través de diversas ejecuciones masivas, de otras 786.000 personas, entre 1934 y 1953.

5. De la deportación, durante la “Gran Guerra Patriótica” (II Guerra Mundial) –acusados de “tácticas subversivas, espionaje y colaboración con los nazis invasores”– de los siguientes pueblos casi en su totalidad: Alemanes del Volga (1941); Tártaros de Crimea (1943); Chechenios (1944); Ingusetios (1944) y Calmucos (1944).

6. De la deportación de cientos de miles de polacos, ucranianos, bálticos, moldavos y besarabos entre 1939 y 1941 y, de nuevo, entre 1944 y 1945.

7. Del apogeo del Gulag en 1945 y años subsiguientes cuando, tras su victoria, el Estado soviético vuelve a apresarse en el sistema a todos aquellos que durante la Guerra y temporalmente lo han podido eludir: bielorrusos, ucranianos occidentales y bálticos, sobre todo. Los propios

soldados soviéticos hechos prisioneros por los nazis, y “rebeldes” de categorías siempre nuevas acrecientan las cifras de reclusos. Los historiadores calculan que de 1929 a 1955, el número de muertes en las “colonias” (aldeas de desterrados) y en los campos “correctivos” asciende a 2.750.000 personas, excluyendo las 700.000 ejecuciones del Gran Terror y las 786.000 ejecuciones restantes (del período 1934-53), llevadas a cabo fuera de los mismos y de modo “separado”.²¹

Todo esto supone, al menos, de 10 a 11 millones de víctimas, número que en los últimos años sólo ha sido revisado al alza.

¿Cómo es posible que el socialismo europeo siga minimizando estos hechos, no haya jamás inculcado, moral y explícitamente, al marxismo y continúe, por contra, ostentando ese “moralismo” altanero tan suyo que denunciaba al principio?

Según Ludwig Mises²², pionero fundamental en la crítica a todo socialismo (sea marxista o nazi), la base de la mentalidad socialista –un “patrón de pensamiento” impermeable a hechos y argumentos– fue pergeñada por el propio Marx y acabó influyendo, en mayor o menor medida, tanto en comunistas como en socialdemócratas occidentales. Como la razón, los hechos y la ciencia económica refutaban “la idea socialista” ya desde el tiempo de los socialistas utópicos, Marx, valiéndose de la dialéctica hegeliana –“un sistema fácil de abusar por aquellos que buscan dominar toda discusión mediante la verborrea metafísica y la fantasía arbitraria”–, vino a mantener, primero, que no hay razón ni ciencia válidas para los seres humanos en tanto que seres humanos: el pensamiento y los hechos están determinados por la clase social y los intereses del que piensa y examina; y segundo, que todo sistema social “presente” debe interpretarse como un mero estadio en el desarrollo his-

²¹ Véase **Applebaum, Anne**. *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Editorial Debate, Barcelona, 2004, p. 581 y ss.

²² **Mises, Ludwig von**. *Socialism* (1922), Liberty Fund, Indianapolis, 1981. Véanse, especialmente, su “Prefacio a la segunda edición alemana” (de 1932), la “Introducción” y los Capítulos 35.3 y 36.

tórico “inexorable” (esto es, desiderativo y arbitrario), que conduce al socialismo; en otras palabras, el socialismo puede “interpretar” todo lo que es pasado o coetáneo y alternativo a él mismo, pero el propio socialismo, un futurible, aunque ineluctablemente “progresista y correcto”, no puede ni debe someterse a examen. La ideología marxiana, de acuerdo con Mises, es “la reacción más radical que la historia ha conocido contra el pensamiento y las ciencias de la civilización occidental”. ¿A qué se debe el éxito de esta “reacción” enmascarada como ciencia nueva?

1. Promete realizar todos los deseos del corazón –pero también los sueños de venganza– de los seres humanos. Cuando el paraíso en la Tierra aparezca, los enemigos de la especie humana serán humillados y los seres humanos nuevos lograrán la realización completa.

2. Asegura a sus adeptos una posición honoraria en sus sociedades como aliados de lo moral, lo noble, lo humano y lo desinteresado pues, según el marxismo, la cuestión de “qué sistema como un todo, el capitalismo o el socialismo, sirve mejor los intereses humanos”, está decidida de antemano (desiderativa y arbitrariamente).

3. La gente en general no tanto ama el socialismo cuanto odia el capitalismo; y lo odia porque no promete el paraíso en la Tierra, tiene efectos sociales desiguales y, a veces, incluso negativos y, sobre todo, es más difícil de entender que los vagos “eslóganes” del socialismo.

4. La mayoría de la gente ignora supinamente en qué consiste y cuáles son los beneficiosos efectos públicos y civilizatorios del capitalismo; y los ignora porque “las clases intelectuales de Occidente son mayoritariamente socialistas”. Son los intelectuales los que, desde finales del siglo XIX, han elaborado todos los programas intervencionistas estatales, han propagado las falacias socialistas, han adoctrinado a la gente con ellas, han reificado la opinión pública y han convertido al capitalismo “en el espantajo responsable de todos los males del mundo”. (Bastantes ciudadanos de nuestras sociedades liberales “razonan”, o más bien reaccio-

nan, de esta guisa: “¿Veis esta guerra/ esta hambruna/ este terrorismo/ esta injusticia (lo que sea, si es malo)? ¡Es el capitalismo!”²³.

Si alguien duda de la responsabilidad –o más bien, irresponsable servilismo–, de los intelectuales contemporáneos a estos respectos, que examine el final del ‘Prólogo’ al *Libro Negro*, de Malia, con el que termino. La intelectualidad europea en general ha tachado al *Libro Negro* de “retórica anti-comunista de la extrema derecha”, de “demagogia exagerada” y cosas similares. Y sobre esta *disonancia* entre los juicios cualitativos de “los sabios” y el saldo cuantitativo del crimen político más descomunal de la historia, se lamenta Malia con ironía:

“Me figuro que el Partido de la Humanidad puede dispensar un poco de compasión a las víctimas de esta inhumanidad, inhumanidad infligida durante tanto tiempo por tantos y tantos de sus adeptos”.

²³ Que “las clases intelectuales” de Occidente sean mayoritariamente socialistas *no* demuestra –a lo **Mill, J. S.** esto es, “porque, precisamente, son las mentes más inteligentes y cultivadas de su sociedad las que lo prefieren”– la superioridad del socialismo. Véase la denuncia de este *non-sequitur* en **Hayek, F.** “The Intellectuals and Socialism”, en **Huszard, George B.** ed., *The Intellectuals: A Controversial Portrait*, Glencoe, Illinois: the Free Press, 1960, pp. 371-384.